

*«Y las torres, los muros, los tejados,
las baldosas, las verjas y el ciprés
todos a un mismo tiempo eran tocados
con el oro del mágico pincel.»*

Mejor y más bello no lo dice un pintor. Ritmo, gracia, intensidad y frescura; de todo tiene esta estrofa hasta para repartir. Hasta para repartirles a las demás del poemita, muchas de las cuales languidecen como estrujadas entre la trama del cuento que en ellas se refiere.

Quizás en estos casos el afán detallista hace naufragar los toques más vivos en la difusidad de largas y poco animadas descripciones. He aquí por qué no pocos paisajistas dan brochazos concisos en torno de sus motivos vigorosos y dejan a la luz, la artista sin igual, las pequeñas pinceladas que enlazarán los tonos para los grandes efectos del conjunto.

Y si no, véalo usted interpretado por su mismo delicioso lápiz, en el bello cuadrito que se llama *«El gusano habrá de tener alas también.»*

No resisto al deseo de copiarlo íntegro, porque es, a mi juicio, el trabajo más completo y exquisito de los que usted ha ofrendado a los lectores de la COLECCIÓN EOS:

Suelta al viento la bata vaporosa,
revistabas con alma cariñosa
los rosales en flor de tu jardín.
No más frescas que tú, ni más lozanas,
rematando los tallos, muy ufanas
las corolas se abrían para ti.

¡Cuántas veces prendíase tu traje
en las duras espigas del ramaje

obligándote el paso a detener,
y una lluvia de pétalos caía,
aromaba el ambiente y se tendía
en alfombra de sedas a tus pies!

Te observaba al través de unas vidrieras:
Ya llegabas al palio de palmeras
que te daban abrigo contra el sol.
Mas... de pronto... ¡qué gesto tan extraño...!
«De seguro un insecto la hizo daño,»
yo me dije, notando tu dolor.

Sacudiste la mano con rudeza,
la frotaste un momento, y con fiereza
te pusiste después a examinar
—revelando en tu afán miras insanas—
una a una las hojas más cercanas,
...y el gusano encontraste por su mal.

¡Pobre bicho infeliz! ¡Oh desgraciado!
Yo lo hallaba tan libre de pecado
como ajena de méritos la flor.
Procedieron los dos con inconsciencia;
ambos eran productos de la herencia;
ella fué quien su ruta les marcó.

¡Cuántos han heredado—¡almas hermosas!—
la belleza y fragancia de las rosas
que aún alientan perfumes al morir!
Vienen otros al mundo—¡desdichados!—
con un fardo de vicios, condenados
como el pobre gusano a suerte vil!

Si lo hubieras dejado algunos días,
mariposa ligera lo verías
ostentando sus galas bajo el sol.
¡Nunca arrojes la piedra al miserable!
Da mejor a tu brazo impulso amable,
y procura obtener su redención.